

RUMANIA, O EL SOCIALISMO DE LAS PATRIAS¹

Excepto Bulgaria—el *alter ego* de Rusia—, todos los países comunistas de Europa oriental han creado agudos problemas, cuando no situaciones agónicas, a la Unión Soviética. El primero lo planteó Yugoslavia, en 1948; el último lo presenciamos en Checoslovaquia, hace un año. Y, desde hace siete, Rumania no cesa de dar la nota disonante, sin atreverse a romper; pero sin que los rusos, por su parte, se decidan a clarificar.

El Comecon, origen del conflicto.

Fue en el verano de 1962 cuando el conflicto trascendió al conocimiento público. El conflicto es triangular, y son sus vértices el Partido Obrero Rumano—Partido Comunista—, el Consejo de Asistencia Económica Mutua—Comecon—y Krustchev—U. R. S. S.—. Sin embargo, hay que tener presente que, cuando en el campo socialista emergen a la luz los conflictos, éstos llevan ya años fraguándose.

El caso rumano sólo se hace plenamente inteligible observándolo desde el ángulo del complejo de inferioridad que el país sufre en materia económica, que se remonta incluso a antes de la guerra. Máxime porque su atraso ocurre a pesar de constituir un emporio de materias primas y recursos dentro del bloque.

Rumania era—y es, si bien en menor proporción—masivamente agrícola. Su espíritu industrial, un tanto «autárquico», fue formulado explícitamente en

¹ Este artículo apareció en *Índice*, núm. 253, correspondiente al 1 de septiembre de 1969.

noviembre de 1958 por Gheorghiu-Dej y fue incorporado al III Plan Económico de 1960, el cual sentaba las bases de una industrialización muy rápida y de una colectivización radical de la agricultura. Era por la época en que reventaba el contencioso chino-soviético.

Lo que causaba real asombro a los economistas del campo socialista eran los frutos que ya recogía el creciente Mercado Común Europeo. No podían sino preguntarse cómo era posible que media docena de países capitalistas lograran integrar con éxito sus economías, *sin planificación*, en tanto que el experimento del socialista Comecon, iniciado en 1949, ofrecía resultados bastante opacos. Ante tal contraste, polacos, alemanes orientales y checoslovacos se alarmaron y presionaron a Krustchev para que actuase en consecuencia. La respuesta sería pragmática: había que especializar la economía de sus miembros. Pero, en tal planificación, Rumania sería una víctima.

A comienzos de 1962, los polacos tomaron la iniciativa, convocando al Comecon en sesión especial, que se celebró en Moscú en junio. Las consecuencias fueron dobles. Por un lado, se creó un nuevo órgano intermedio entre el Comecon y las 19 comisiones especializadas, sin carácter supranacional. Las decisiones deberían seguir aprobándose por unanimidad, lo que equivalía, para cada miembro, a disponer de poder de voto. Lo segundo fue la redacción de un documento lo suficientemente vago como para satisfacer cualquier interpretación de cualquier partido comunista, tal era la cantidad de declaraciones contradictorias de *Los principios básicos de la división socialista internacional del trabajo*, por mucho que se remitiese, inevitablemente, a Lenin.

Las distintas posiciones, dentro del Comecon, quedaron reducidas, de hecho, a dos escuelas: la rusa (que establecía tres categorías de países, a efectos económicos, en la inferior de las cuales se insertaba Rumania, con un papel reducido a poco más que ser suministradora de materias primas y productos agrícolas) y la rumana, que era casi su antítesis. (Los alemanes orientales habían publicado, en abril de 1963, otro artículo-posición—*La determinación del nivel del desarrollo económico de un país socialista*—, que ellos mismos se apresuraron a retirar, pues se basaba en la productividad, materia en que los rusos no eran maestros consumados.)

En efecto, a aquel vago y contradictorio documento, Bucarest replicó con otro, en julio de 1963, cuyo título hablaba por sí mismo: *La importancia de los ritmos de desarrollo para la igualización de los niveles económicos de los países socialistas*. Chocaba contra los desnudos criterios de la eficiencia y la

productividad, descubiertos por Krustchev. Para los rumanos, comunismo y desarrollo económico desigual eran incompatibles, y se negaban, por tanto, a una integración más completa sobre tales bases.

Los países seleccionados para la industrialización siguieron presionando. La reunión del Comité ejecutivo del Comecon, de febrero de 1963, puede considerarse como el punto de no-retorno del conflicto que se acumulaba. Se formulaba una lista de peticiones a Rumania, sin que se compensasen sus sacrificios, y se solicitaba su asentimiento para «dividir la región en sub-unidades económicas». Rumania se negó en redondo. Estaba dispuesta a una coordinación, no a la integración, y aun así mediante negociaciones bilaterales y en pie de igualdad. Al mes siguiente, los dirigentes rumanos hicieron a la nación partícipe del problema, apelando al sentimiento popular (como hicieron Gomulka, en 1956, y Hoxha, en 1960), contraviniendo la regla de oro de «confidencial», que señala las relaciones entre partidos y, de hecho, entre Estados comunistas.

Cuando en julio siguiente hubo reunión en la cumbre del Comecon, Rumania recibía apoyo de tres puntos importantes:

1. De Occidente—con el que sostenía un comercio más favorable y del que recibía ayuda y asistencia—, desbordando el plano económico cuando Rumania fue el primer país comunista en reconocer, en un tratado comercial con la República Federal Alemana, que Berlín occidental formaba parte integral de ella. (Inmediatamente siguieron los húngaros. Los disgustos de Ulbricht, aparentemente, no los sobrecogían.)

2. De los chinos, quienes el mes anterior habían publicado sus 25 puntos de desacuerdo con la U. R. S. S., que sólo los rumanos reprodujeron íntegramente en su prensa. Uno de los puntos era particularmente relevante para éstos: «Es absolutamente necesario, para los países socialistas, practicar asistencia económica mutua, cooperación e intercambio. Tal cooperación económica debe estar basada en los principios de completa igualdad, beneficio recíproco y camaraderística asistencia mutua. Constituiría chauvinismo de gran potencia denegar estos principios y, en nombre de la división internacional del trabajo y de la especialización, imponer la voluntad de unos a otros, infringir o dañar los intereses de un pueblo.» Con ello se evidenciaba que, si Rumania fuera eliminada del Comecon, China y Albania hallarían más bases para sus argumentos.

3. El tercer factor fue Tito, antípoda de Mao dentro del mismo campo ideológico. Rumania anunció un acuerdo con él el día 20 de junio (fecha en

que se reproducían los puntos chinos), referente a la construcción conjunta con Yugoslavia del mayor complejo hidroeléctrico de Europa, a financiar por ambos países. Supuso un rudo golpe para el Comecon; precisamente cuando Bucarest rehusaba integrarse en él. Era más que un desafío. Fue, como señaló un autor, «la consumación del divorcio».

Por paradoja político-ideológica, Rumania estaba apoyada por la derecha y por la izquierda. No sin humor, incluso trató de que se admitiera a China en el Comecon.

De la reunión salió su típica fórmula: coordinación, bilateralidad y plena soberanía, condiciones que llevaban inherente el corolario de signo opuesto para la institución: consulta, cojera, impotencia. Sólo habría que invocar las cláusulas del Comecon para paralizarlo.

En abril de 1964, el desafío ideológico fue más lejos. El Partido Comunista rumano hizo pública una resolución que sentaba la doctrina rumana, afirmando que la planificación es «un atributo fundamental, esencial e inalienable del Estado socialista soberano» y que «la división socialista internacional del trabajo no puede significar el aislamiento de los países socialistas del conjunto de las relaciones económicas internacionales».

Eran palabras mayores. A pesar de todo, en otoño del mismo año, un profesor soviético, I. B. Valev, publicaba un estudio económico que anexaba en una unidad llamada «Complejo Danubiano» una parte de Rumania, en tanto que el resto pasaba a integrarse en una «unidad sudoriental», lo que hizo elevar el grito al cielo a Rumania, puesto que su realización supondría un desmembramiento de su territorio y una falta total de respeto a su soberanía.

Industrialización y comercio exterior.

Rumania se lanzó por la colectivización total de la agricultura cuando otros países socialistas estaban dando—o habían ya dado—marcha atrás en las suyas, actuando, pues, más a efectos ideológicos que utilitarios. En industrialización, en cambio, lo utilitario se forzó no contra lo ideológico, sino interpretando la ideología según conveniencia, que es, al fin y al cabo, lo que siempre han hecho los soviéticos. En realidad, ya en 1945, Gheorghiu-Dej se había pronunciado por la necesaria industrialización.

Si en 1960 la producción industrial era 100 para Alemania oriental y 110

para Checoslovaquia, sólo alcanzaba 36 en Rumania. El III Plan estableció los objetivos más ambiciosos de Europa oriental, tanto en tasa de producción industrial como en inversión de capital. La clave se orientaba hacia la industria pesada, cuya expansión se proyectaría y beneficiaría a las demás industrias. Se planificó la producción de 6,3 millones de toneladas de acero para 1970, es decir, más que la de Polonia, Checoslovaquia o Alemania del Este, en 1962.

Rumania detenta el récord de crecimiento de toda Europa. La producción industrial se ha incrementado en una media anual de más del 13 por 100 en el período 1950-1965; el Plan actual (1965-1970) prevé un crecimiento del 10,5 por 100. La parte del producto industrial, dentro de la renta nacional, ha pasado a ser de un 30,8 por 100, en 1938, a algo más de un 50 por 100, en 1968. La producción fue doce veces mayor en 1967 que en 1938.

En 1951, el intercambio de Rumania con los países socialistas supuso el 79 por 100 de sus exportaciones e importaciones (contra sólo el 18 por 100 antes de la guerra); en 1964, en 67 por 100; 1965, 64 por 100; 1968, 60 por 100. En 1967, su comercio total con la República Federal Alemana fue un 42 por 100 superior al del año anterior. Con Israel se firman acuerdos comerciales en 1967; el intercambio con este país, que había sido de 5,2 millones de dólares en 1966, ascendió a 14 millones al año siguiente. Estas cifras hablan con elocuencia de los esfuerzos rumanos para diversificar sus mercados, pero también de los intereses y servidumbres de la política internacional, que lleva implícitos.

Comunismo a la rumana.

En 1945, el Partido Comunista rumano era el más débil de Europa oriental, pero desde entonces es el que ha mostrado—junto con la República Democrática Alemana y Albania—un liderazgo más estable y uniforme, siendo capaz de proceder a su propia desestalinización.

Gheorghiu-Dej, secretario general del Partido desde octubre de 1945 y virtual dirigente comunista de Rumania desde la guerra, fue el jefe indisputado en el país desde la caída de Ana Pauker y de otros dirigentes promoscovitas, en 1952. Gheorghiu-Dej era un «nativista» (nunca había estado en Moscú), a diferencia de los serviles «moscovitas», como Pauker. Nativistas y moscovitas vinieron a ser, a la larga, en Europa oriental, los nacionalcomunistas y stali-

nistas, aunque en el caso rumano el asunto es más complejo, pues además de usar el nacionalismo se caracterizó por seguir un modelo interno stalinista, es decir, que vino a ser una especie de titismo ideológicamente no evolucionado.

Gheorghiu-Dej, que había acumulado las funciones de primer ministro a las de secretario del Partido, en 1961, murió en marzo de 1965, más de dos años después de plantearse en voz alta la disputa con Moscú. Nicolae Ceausescu lo sucedió en la cabeza del Partido, y Stoica en la del Gobierno. En el mismo año, el Partido Obrero rumano pasaba a denominarse Partido Comunista, y Rumania ascendió, en el IX Congreso del Partido celebrado entonces, a la categoría de «República Socialista» (como la U. R. S. S. y Checoslovaquia), con lo que daba, al menos teóricamente, un paso más hacia el ideal comunista, superando el estadio de Democracia Popular.

En diciembre de 1967 se procedió a la última racionalización cuando, en la Conferencia Nacional del Partido, se acordó fusionar Estado y Partido a todos los niveles. Sólo habría un responsable y no una jerarquía paralela. Así, el secretario general del Partido se convierte en Jefe del Estado, fusionándose lo político-administrativo con lo ideológico; el jefe de Sindicatos será además ministro de Trabajo; el jefe de las juventudes comunistas será ministro de la Juventud, etc.

Esa racionalización permitió liberar cuadros cualificados, simplificando y agilizando el aparato estatal y acelerando la ejecución de las decisiones. En una palabra, corta por lo sano una de las plagas de los regímenes comunistas, cual es la proliferación burocrática y los personalismos enfrentados.

Desde el punto de vista económico, se inclina más hacia el modelo de gestión soviético que al de autogestión yugoslavo, además de ir más allá que los soviéticos en materias de colectivización de la agricultura. Más racionalización no significa, pues, más democratización. Este «stalinismo ilustrado» refuerza el aparato comunista y el nacionalcomunismo.

Como ha señalado el especialista Ghita Ionescu, podemos apreciar los siguientes rasgos en la dirección del comunismo rumano: creciente primacía del Partido, gobierno popular (en el sentido de fusión de poderes), democracia centralista, uso de argumentos nacionalistas, no interferencia entre partidos comunistas y diplomacia pragmática.

«Estamos construyendo el socialismo de tal manera que nunca pueda decirse que nos hayamos desviado de él», dijo el jefe del Gobierno George Maurer, días después de la invasión de Checoslovaquia. Contra revisionismo

checoslovaco (o soviético, si se apura), ortodoxia rumana. Pero ¿qué del «internacionalismo proletario»?

Irredentismo temerario.

Aquellos rasgos, vistos ya bajo Gheorghiu-Dej, se han acentuado con su sucesor, Ceausescu, quien incluso los ha trascendido temerariamente al plano de la reivindicación territorial y nada menos que a costa de la propia Unión Soviética. El nuevo líder rumano no tuvo inconveniente en hablar de la Besarabia y la Bukovina del Norte, anexionadas por Rusia veinticinco años antes.

En Europa central, danubiana y balcánica, el factor operante por excelencia es el nacionalismo. Stalin y sus sucesores se han mostrado encantados y hasta satisfechos de ello. Stalin no sólo vetó cualquier veleidad federal o confederal de sus inquietos satélites, sino que hasta se divertía cuando surgían disputas territoriales entre ellos.

El comunismo, en vez de apagar este malestar heredado de estructuras feudales-capitalistas, lo ha reavivado, dando paso a los comunismos nacionales. La U. R. S. S., si no los excita (aunque la reclamación de Macedonia por los búlgaros debe contar con su beneplácito), tampoco hace nada para calmarlos. Ni puede siempre controlarlos. Estas tensiones irredentistas se plantean con una gran potencia (Rusia), entre pequeñas potencias o por minorías dentro de éstas. En la Europa socialista no hay un solo Estado con carácter estrictamente nacional, uniforme, a excepción de Alemania del Este. Etnicamente, son Estados multinacionales. Rumania no es una excepción. De sus 20 millones de habitantes, sólo un 87,8 por 100 son rumanos. El resto son magiares (8,4 por 100), germanos (2,0 por 100), ucranios, búlgaros, rutenos, turcos, etcétera (1,8 por 100).

El problema de las minorías, fronteras e irredentismos da fuerza al Kremlin para sus manipulaciones, pero también constituye el talón de Aquiles del campo socialista. Que fuese la Embajada de China en Bucarest la primera en hacer circular mapas de Rumania con Besarabia y Bukovina del Norte—que constituyen la República Soviética de Moldavia—incluidas no haría gracia a los soviéticos.

Así, pues, fomentando el sentimiento nacionalista se ha evitado una desestalinización que hubiera podido provocar la caída del liderazgo rumano, el cual ha hecho de su política una «suerte de dogmatismo nacional dinámico».

La desestalinización se inició hacia 1966, con gran prudencia, cuando los dirigentes rumanos desautorizaron muchos episodios del comienzo. En abril de 1968, el Comité Central procedió a la rehabilitación de un número de condenados, empezando por Foris y Patrascanu, secretarios del Partido antes de Gheorghiu-Dej y víctimas de éste. En septiembre fue revisado el proceso de Luca, ministro de Hacienda hasta 1952, y todos los acusados fueron rehabilitados.

La política exterior.

En los últimos tiempos de Gheorghiu-Dej, diversos dirigentes rumanos visitaron algunas capitales no comunistas. Ceausescu, tras firmar el tratado comercial con Alemania occidental, estableció relaciones diplomáticas con ella, en enero de 1967. Alemania del Este y Polonia reaccionaron rápidamente para evitar que cundiera el ejemplo en Hungría, Checoslovaquia y Bulgaria. La Ostpolitik de Willy Brandt, de tener éxito, podía relegar al régimen de Pankow dentro de su propio campo. Una conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de la Europa oriental, que debía celebrarse en Berlín-Este, fue aplazada, teniendo lugar el 9 de febrero en Varsovia. Rumania se hizo representar por uno de sus viceministros de Asuntos Exteriores. El titular, Manescu, estaba en Bélgica, donde permaneció cinco días. La reacción de Ulbricht al reconocimiento rumano fue firmar, en el transcurso de 1967, una serie de tratados bilaterales de amistad y ayuda mutua con todos los países del Pacto de Varsovia, excepto con Rumania (y Albania, por supuesto), indicándose que para establecer relaciones con Bonn se tendría que consultar con Pankow.

Rumania venía hablando de la conveniencia de disolver simultáneamente la O. T. A. N. y el Pacto de Varsovia, como mejor contribución a la política de coexistencia pacífica. Pero esto, junto con las reivindicaciones territoriales a Rusia, se entendía más como una presión sobre Moscú—para conseguir mayor maniobrabilidad en el campo diplomático—que otra cosa, no incompatible con una neutralización progresiva.

A la larga, el ejemplo de Rumania crearía sus propios antídotos. La experiencia comenzada en Checoslovaquia, en 1968, fue vigilada muy de cerca por todos los países comunistas. La crisis creciente, engendrada por la «primavera de Praga», vino a añadirse, para desgracia de Rumania, a otras varias. Así, por ejemplo, la «guerra de los seis días» había provocado la ruptura de

relaciones de los países socialistas con Israel, pero Rumania se negó de plano a secundarlos, por lo que no fue invitada a las reuniones de Moscú y Budapest, convocadas para el «concreto problema» de Oriente Medio, si bien, paradójicamente, participó Yugoslavia, cuyos puntos de vista eran similares en esto a los de Moscú. En la cuestión de la firma del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares, Bucarest puso reparos. Puede decirse que, excepto en el tema de Vietnam, en parte del problema alemán y en un antiimperialismo abstracto, en nada coincidían Rumania y Rusia.

Cuando, en mayo de 1968, el general De Gaulle hizo una prolongada visita a Rumania, predicando sus conocidas tesis, encontró una acogida entusiasta. Pero Rumania, si geopolíticamente está menos expuesta que Checoslovaquia, por cubrir un frente históricamente secundario, tiene sus fronteras y su costa controladas por la Unión Soviética, exceptuando los límites con Yugoslavia. Bucarest ha evitado desafiar al Pacto y nunca se ha negado tajantemente a cumplir las obligaciones que puede imponerle.

Cuando, a partir de mediados de julio de 1968, la crisis checoslovaca se puso al rojo vivo, Tito y Ceausescu apoyaron abiertamente a Dubcek, visitándolo por separado en Praga y firmando tratados de amistad con Checoslovaquia. Ceausescu lo hizo tan sólo cinco días antes de la invasión. A las conferencias previas de Dresden, Moscú, Varsovia y Bratislava, Rumania no fue invitadas. Las tropas rumanas no participaron en la hazaña ni a efectos simbólicos. Ceausescu calificó sin ambages la invasión de «momento vergonzoso de la historia del movimiento revolucionario», exhortando a la población rumana a «estar lista para defender nuestra patria socialista en cualquier momento», y adoptando medidas militares, como los yugoslavos.

Al día siguiente de la invasión, Ceausescu declaraba ante la Gran Asamblea Nacional los principios básicos de la política exterior rumana, principios que se reiterarán en distintas ocasiones. Un punto esencial de ellos son las «relaciones fructuosas» con todos los países, independientemente de su régimen político, como mejor medio de contribuir a la «coexistencia pacífica».

Al comenzar 1969, Rumania mantenía relaciones diplomáticas con 87 países (25 más que pocos años antes) y con 93 a mediados de año, relaciones culturales con cerca de cien e intercambios culturales con más de un centenar.

El X Congreso del Partido rumano.

Yugoslavos y rumanos no participaron en la conferencia cumbre de partidos comunistas de Europa del Este, celebrada en Karlovy-Vary (Checoslovaquia) en abril de 1967. En plena efervescencia checoslovaca, tiene lugar en Budapest la primera reunión consultiva, preparatoria de la Conferencia mundial de partidos comunistas (26 febrero-5 marzo 1968), en la que la delegación rumana dio el célebre portazo, basándose en un pretexto doctrinal que le facilitó la intervención del delegado sirio. La realidad es que Rumania ya se había quejado de que tuvo que enterarse de dicha reunión por la prensa occidental, lo que hace cobrar al portazo doble significación. En el comunicado final no se hizo constar la participación de Rumania.

Niculescu-Mizil, el delegado rumano, había tenido ocasión de hacer constar que «cada conferencia internacional es una manifestación separada e independiente, y concebir las conferencias internacionales como si tuvieran cierta sucesión y un número dado de miembros asistentes, significaría atribuirles el carácter de sesiones de un cuerpo organizado». Estas palabras no sólo replicaban a las abstracciones del delegado soviético Suslov, sino que ponían de relieve que no podían consentir nada parecido a una «Comintern» o una «Cominform».

El rudo final de los desarrollos checoslovacos demostró que todo tenía un límite. La aparición, *a posteriori*, de la «doctrina Breznev», como era de suponer, alarmó a los rumanos, ante el temor de que los rusos pudieran echar mano otra vez del argumento supremo. Pasados los momentos más peligrosos, el 7 de febrero de 1969 Ceausescu denunció inequívocamente esa teoría de la «soberanía limitada», como «contraria a los principios marxista-leninistas». Días antes, Tito había visitado al líder rumano, reconociendo ambos dirigentes «la identidad o similitud de puntos de vista de los dos Partidos».

Por fin, la Conferencia mundial tuvo lugar en Moscú, a principios de junio. Rumania acudió, a condición de que no se pronunciaran excomuniones fuera contra el maoísmo o contra el titismo. A pesar de todo, los rusos no resistieron la tentación de lanzar alguna pulla contra Pekín. Y no hubo portazo rumano. Ceausescu afirmó que permanecería, con objeto de mejorar el documento principal. La trágica sombra de Checoslovaquia pesaba lo suyo. No obstante las reservas formuladas a la declaración de Moscú, los rumanos fir-

maron. Fueron los italianos la *vedette* de las sesiones. Los rumanos actuaron más «por alusión que por afirmación».

En vísperas de la apertura del X Congreso del Partido Comunista rumano, el presidente Nixon llegó a Bucarest, plasmando la sorpresa anunciada un mes antes. A pesar del casi seguro conocimiento ruso de tal viaje, éste no podía hacerles ninguna gracia, como demostraron los comentarios—o la falta de ellos—de la prensa soviética. Como protesta, Moscú envió al Congreso una delegación de segunda categoría, encabezada por Katuchev, lo que contrasta con la presencia de Breznev en el Congreso precedente, en 1965. El resto de Europa oriental mandó delegaciones acordes con el modelo ruso.

En la Conferencia (6-12 agosto), Katuchev acusó a U. S. A. de «tácticas péfidas» para «construir un puente» (frase utilizada por el Presidente Johnson) con los países socialistas, pues su objeto es «destruir la cohesión» de ellos, atacando al propio tiempo la «penetración económica» capitalista, con lo que hacía alusión al comunicado final que produjo la visita de Nixon. Reafirmó crudamente la validez de la «doctrina Breznev».

Por su parte, Ceausescu ha reiterado su fe en el socialismo y sus conocidos puntos de vista. Miculescu-Mizil, hombre de su confianza e ideólogo máximo del Partido Comunista rumano, recalcó que «el marxismo es una ciencia viva que no puede ser metida en una camisa de fuerza». Rautu, del comité ejecutivo del Comité Central del Partido, replicó al ucraniano Chelest, que presionaba para la prosecución de la lucha de clases: «No en Rumania; la situación que el socialismo rumano ha creado en este país es irreversible. Somos una unidad, y para nada necesitamos la lucha de clases que siguen proclamando los soviéticos.» La línea de afirmación rumana tal vez la pronun-ciase el más joven miembro del secretario del Partido, Popesco:

«El sentimiento de nuestro valor nacional y de nuestra continuidad histórica se ha acentuado. Hemos roto ya con el silencio ilógico, y tan doloroso, sobre lo que fueron nuestras glorias en el pasado, sobre lo que representa el patriotismo verdadero, el espíritu revolucionario, el ideal democrático y progresista, el valor intelectual y el progreso legado por nuestros antepasados.»

Los verdaderos intercambios rumano-soviéticos se efectuaron extramuros del Congreso, en un par de entrevistas de Katuchev y Ceausescu, de las que el soviético no salió satisfecho. También tuvo que representar el conocido *show* de ausentarse de la sala cuando se leyó un mensaje de salutación al Congreso, enviado por el Partido Comunista chino (Rumania había enviado otro al IX Congreso del Partido Comunista chino en abril). Sin embargo, el ruso no

mencionó a los chinos en su discurso, pero no se contuvo en otros puntos que herían de lleno la postura rumana, como cuando habló de la «integración económica socialista» o de la «agresión israelí» contra los árabes.

Se ha rejuvenecido el Comité Central, aumentándose los miembros a 165, y su presidencia pasa de 7 a 9, todos ellos hombres de Ceausescu. Stoica y Apostol son eliminados de sus puestos claves. Representaban los viejos dogmatismos y malos recuerdos del equipo Gheorghiu-Dej, o, para seguir la fórmula textual de su apartamiento, «comunistas envejecidos en el dogmatismo de la primera etapa». Han proseguido las rehabilitaciones. Ceausescu ha sido reelegido secretario general del Partido por aclamación. Días después destituía a varios ministros por acreditada ineptitud y «fossilización burocrática».

Rumania siempre ha puesto de manifiesto que no toleraría revisionismos de ninguna especie; en este sentido, siempre mantuvo reservas sobre la experiencia Dubcek. Los rumanos han dejado de criticar la invasión de Checoslovaquia, pero su prensa no se muerde la lengua para atacar a los economistas soviéticos en sus especulaciones de una economía socialista integrada. Rumania es ejemplo de «la doctrina del socialismo de las patrias» (B. Feron). El 23 de agosto se celebró el XXV aniversario de la liberación de Rumania por el Ejército Rojo..., mejor dicho, «la victoria de la insurrección armada desplegada bajo la bandera de la lucha del partido de la clase obrera». Los rusos se hicieron representar a muy bajo nivel. Es otra señal termométrica más del grado de conflicto que enfrenta un pequeño a un coloso. Es una muestra de que los pequeños países pueden ofrecer todavía un mensaje al mundo, cuando tienen cosas decentes que decir.

TOMÁS MESTRE.